

# Lilith

## Anais Nin

---

<http://www.librodot.com>

Lilith era sexualmente fría y pese a sus fingimientos su marido lo sospechaba. Tal situación dio lugar al siguiente incidente.

Lilith nunca tomaba azúcar, por no engordar, y empleaba un sucedáneo: unas minúsculas pildoras blancas que siempre llevaba en el bolso. Un día se quedó sin ellas y pidió a su marido que se las comprara de regreso a casa. Le compró un tubito como el que le había pedido, y se echó dos pildoras en el café después de cenar.

Estaban sentados juntos, y él la miraba con una expresión de madura tolerancia, que a menudo adoptaba frente a sus explosiones nerviosas, a sus crisis de egoísmo, de autorreproches o de pánico. A todo su dramático comportamiento, el marido respondía con inalterable buen humor y con paciencia. Ella rabiaba sola, se enfadaba sola y sola soportaba grandes trastornos emocionales en los que su esposo no tomaba parte.

Posiblemente, ésas eran otras tantas manifestaciones de la tensión que faltaba entre ellos en el ámbito sexual. El marido rechazaba todos los primarios y violentos desafíos y hostilidades de Lilith; se negaba a entrar en su terreno emocional y a responder a su necesidad de celos, temores y batallas.

Tal vez si hubiera aceptado sus desafíos y jugado los juegos que a ella le agradaban, Lilith hubiera acusado con mayor impacto físico la presencia de su marido. Pero éste no conocía los preludios del deseo sensual ni los estimulantes que ciertas naturalezas salvajes precisan, y así, en lugar de responderle en cuanto veía que se le ponían los pelos de punta, el rostro más vivido, los ojos relampagueantes y el cuerpo electrizado, inquieto como el de un caballo de carreras, se replegaba tras aquel muro de comprensión objetiva, tras aquella amable burla y aceptación, como quien observa un animal en el zoo y sonrío a sus cabriolas, pero no se siente afectado por su estado de ánimo. Era esto lo que dejaba a Lilith completamente aislada, igual que un animal salvaje en un desierto inhóspito.

Cuando le daba un acceso de furia y su temperatura aumentaba, el marido se esfumaba. Era como una especie de cielo suave que la mirase desde la altura, esperando que la tormenta pasara por sí sola. Si él hubiera aparecido al otro extremo de aquel desierto, como si fuera otro animal salvaje, y se hubiera enfrentado a ella con la misma tensión electrizante de pelo, piel y ojos, si hubiera aparecido con el mismo cuerpo salvaje, pisando fuerte y esperando el menor pretexto para saltar, abrazarla con furia, sentir la calidez y la fuerza de su oponente, ambos hubieran podido rodar juntos, y las mordeduras habrían podido ser otras, el ataque se habría transformado en abrazo y los tirones de pelo habrían acabado por unir sus bocas, sus dientes, sus lenguas. Llevados por la furia, sus

genitales habrían entrado en contacto, encendiendo chispas, y ambos cuerpos se hubieran penetrado mutuamente como final de tan formidable tensión.

Aquella noche, él se sentó con su expresión habitual en los ojos; ella, sentada bajo la lámpara, pintaba algún objeto con furia como si una vez pintado fuera a devorarlo.

-¿Sabes? No era azúcar lo que te compré y tomaste después de cenar -dijo el marido-. Era yohimbina, un producto que le vuelve a uno apasionado.

Lilith se quedó pasmada.

-¿Y me has dado eso?

-Sí. Quería ver cómo te ponía. Pensé que podría resultar muy agradable para los dos.

-¡Oh, Billy, vaya truco que me has gastado! ¡Y yo que prometí a Mabel que iríamos al cine juntas! No puedo defraudarla; ha estado encerrada en casa una semana. Imagina que eso empieza a hacerme efecto en el cine.

-Está bien; si se lo prometiste debes ir, pero te estaré esperando.

Así, en un estado febril y de alta tensión, Lilith fue a buscar a Mabel. No se atrevió a confesarle lo que le había hecho su marido. Recordaba todas las historias que había oído acerca de la yohimbina. En el siglo XVIII, en Francia, los hombres hacían uso abundante de ella. Rememoró la anécdota de cierto aristócrata que, a la edad de cuarenta años, cansado ya de su asiduidad en hacer el amor a todas las mujeres atractivas de su tiempo, se enamoró tan violentamente de una joven bailarina de veinte años, que se pasó tres días enteros con sus noches copulando, con la ayuda de la yohimbina. Lilith trató de imaginar qué clase de experiencia sería ésa, cómo se sentiría cuando tuviera que correr a casa y confesarle su deseo a su marido.

Sentada en la obscuridad del cine, no podía mirar la pantalla. En su cabeza había un caos. Se sentó envarada, en el borde de la butaca, tratando de sentir los efectos de la droga. De repente, al percatarse de que estaba sentada con las piernas muy separadas y la falda por encima de las rodillas se puso rígida.

Pensó que ésa era una manifestación de su fiebre sexual ya creciente. Trató de recordar si alguna vez se había sentado en semejante postura en el cine. Le pareció que estar con las piernas abiertas era la postura más obscena jamás imaginada, y se dio cuenta de que la persona que ocupaba la butaca de delante, situada a un nivel mucho más bajo, habría podido mirar bajo su falda y regalarse con el espectáculo de sus bragas recién estrenadas y sus ligas también nuevas, compradas aquel mismo día. Todo parecía conspirar para aquella noche de orgía. Su intuición debía haberlo previsto todo: se había comprado unas bragas con finas puntillas y unas ligas de color coral oscuro, que quedaban muy bien en sus finas piernas de bailarina.

Molesta, juntó las piernas. Pensó que si aquel salvaje deseo sexual la invadía en ese preciso momento, no sabría qué hacer. ¿Se levantaría bruscamente, pretextaría una jaqueca y se marcharía? ¿O se volvería hacia Mabel? Mabel siempre la había adorado. ¿Se atrevería a volverse hacia Mabel y acariciarla? Había oído hablar de mujeres que se acariciaban en el cine. Una amiga suya estaba sentada así en la obscuridad de una sala, y su compañera le había desabrochado la falda, había deslizado una mano hacia su sexo y la había acariciado largo tiempo, hasta provocarle el orgasmo. ¡Cuan a menudo esa amiga había repetido el placer de permanecer sentada con tranquilidad, controlando la parte superior del cuerpo, tesa y quieta, mientras una mano la acariciaba en la obscuridad, secreta, lenta y misteriosamente! ¿Era eso lo que le iba a suceder a Lilith ahora? Nunca había acariciado a una mujer. A veces había pensado lo maravilloso que sería -la redondez del trasero, la suavidad del vientre, esa piel particularmente fina entre las piernas-, y probó a acariciarse ella misma, en la cama, a oscuras, imaginando

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

